



COSITAS SUELTAS

Por Carlos Robreño

¡Día de las Madres!

Cuando Víctor Muñoz, el inolvidable periodista del cual narramos una pintoresca anécdota en las "Cositas Antiguas" del magazine dominical de la presente edición, se dió manos a la obra de arraigar entre nosotros la sentimental inspiración de una dama filadelfiana, reservando una fecha anualmente para rendir homenaje a aquella que nos dió el ser, muchos espíritus escépticos dudaron de que dicha iniciativa alcanzara por estas latitudes el éxito merecido.

Ciertamente en un ambiente que traspasa en muchas ocasiones los límites de lo frívolo para entrar de lleno en el llamado "choteo" con marcados ribetes de irreverente, presumiase que no pudiera hacer fortuna tan tierno hábito pero, sin duda alguna, se equivocaron aquellos que presumían de conocer de manera tan pesimista nuestra psicología. En la actualidad, después de treinta y tantos años de publicado aquel hermoso artículo del periodista desaparecido los cubanos con muy raras excepciones, seguimos observando como un rito cada segundo domingo de mayo, la costumbre de lucir en la solapa de la levita o sobre un bolsillo de la guayabera, y las mujeres en su corpiño, un clavel rojo si disfrutamos la dicha de poder besar aún a quien nos concibiera en sus entrañas y una rosa blanca los que, por desgracia sólo pueden seguir adorando en el recuerdo, pues como dijera el poeta: "las madres mueren para el mundo; para sus hijos, no.

Hoy, como todos los años, llevados por tan hondo impulso también iremos a depositar un ósculo de filial cariño en la frente arrugada de una anciana que aunque rodeada del amor de todos sus hijos, conmemora por vez primera esta fecha sin sentir junto a ella el hábito de vida de quien fuera durante más de medio siglo su compañero fiel y al besar a nuestra madre, nos vendrá a la mente la imagen de otras madres, dolorosas madres cubanas, que en tal día no podrán recibir el mismo homenaje de aquel mozalbete, al cual cada una diera vida, que amantara en su seno, que arrullara con mimo en la cuna, que lo viera retozar alegremente en sus horas infantiles y que cuando ya contemplaba orgullosamente convertido en un ciudadano ejemplar en los albores de la juventud, la muerte se lo arrancara de sus brazos, en medio del fragor de una lucha fratricida, defendiendo un ideal o cumpliendo lo que el estimaba su deber.

Venerables y nobles matronas que ni en sus momentos de más desesperante amargura dejan escapar ni una imprecación, ni una amenaza y que como María a los pies de la cruz sólo musitan una oración de paz, implorando que la sangre derramada por el hijo muerto, sirva al menos para redimir a un pueblo.

Madres que lloráis una ausencia eterna: en su dolor no estáis solas. Os acompañarán el cálido aliento y el respecto de toda una ciudadana.